

FILOSOFIA DE LA SEGURIDAD SOCIAL

«El hombre» y «La Seguridad Social»

POR CRESCENCIO RUBIO SAEZ

HAY que ir al hombre. Como del hombre tenemos que partir necesariamente. Si queremos construir algo positivo no podemos prescindir del hombre, tal y como él es en sí mismo. La vida toda gira alrededor del hombre. El es la historia. Si pretendemos asentar, con toda firmeza, las bases de la mejor convivencia humana; si buscamos cimentar, de manera inconvencible, la Seguridad Social entre los humanos, es de toda precisión abarcar la totalidad del hombre y no abandonar ni olvidar ninguna de sus necesidades y conveniencias. El hombre. Siempre el hombre. Y ello de tal suerte que no sufra preterición aquella idea tan fundamental: que el hombre es término del mundo o de la Creación, pero que, a su vez, tiene a Dios como término definitivo suyo y finalidad suprema y última.

Y estaba terminada la creación del mundo, y parece que estaba como incompleta. Faltaba el hombre. La narración de los Libros Sagrados da una solemnidad especial al hecho de la formación y de la aparición del hombre. Ha concluido de enumerar los días genésicos de la Creación, y vuelve sobre él, centrando la atención sobre su figura. Han quedado terminados el cielo y la tierra con todo el cortejo de seres a que Dios ha dado vida. Y se declara que esa es la historia del cielo y de la tierra en su creación. E inmediatamente hace resaltar que no estaba la tierra llena de las cosas necesarias para la vida del hombre, porque éste no la habitaba todavía. Y repite que Dios formó al hombre, como recapitulación solemne y majestuosa de su divina obra creadora. Y se complace en la descripción del paraíso, vergel en Edén, que el Altísimo plantó para el hombre, a quien Dios se lo entregó para que lo cultivara y guardara, como centro vital de sus obligaciones y derechos.

Es la más bella de las páginas históricas. Todo está hecho, y entonces es cuando se comienza: cuando aparece el hombre. Todo está concluido y entonces es cuando tiene principio la vida: cuando el historiador, divinamente inspirado, centra al hombre en los seres de la Creación, de los que él empieza a ser el señor designando a cada uno por su nombre. El hombre es el primer paso de la Historia. El es la Historia.

«Conoce tu dignidad»—Ahonda y penetra profundamente en tu dignidad de hombre. Conoce la hondura y todo el alcance de tus prerrogativas de hombre. Esto es importantísimo. Hay en una catedral francesa, en la de Chartres, una significativa escultura de Adán. Es un busto, que surge de la tierra originaria, modelado por las manos augustas del Sumo Hacedor. En el rostro del primer hombre

se van reproduciendo los mismos rasgos de Dios, su modelador—. Es el comentario, hecho piedra de la expresión bíblica: «Creó, pues, Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios creólo»—.

Consideración y pensamiento, que habrá que tener muy presente en toda construcción orientadora de la convivencia humana. Ninguna de las grandes maravillas de la Creación ha sido hecha a imagen de Dios. Serán reflejos y destellos de su sabiduría y de su omnipotencia. El hombre en cambio, comporta semejanza de la Divinidad. Supera a todo el universo con una especie de infinitud, pues el hombre, en cuanto hecho a imagen de Dios ofrece al entendimiento, con relación a los demás seres, profundidades casi infinitas. Ante nuestra mirada asombrada se extienden espacios incomprensibles. El hombre no es, como los demás seres, creatura de Dios; es algo más, es muchísimo más: es la imagen, la imagen intencionada de Dios, la imagen que repite y reproduce los rasgos mismos, en su limitación humana de Dios.

Humano, muy humano. Pero lindero a lo divino, casi divino. Vida transitoria en la tierra, pero con un destino eterno en la Divinidad. Obligado a vivir en la tierra, necesita vivir de la tierra cultivándola y haciéndola productiva con su trabajo. Es ley de la naturaleza. Ahí, sus obligaciones; en ello van radicados todos sus derechos. Duplicidad de elementos en su constitución: cuerpo y espíritu. Tendencias duplicadas también: necesidades temporales y terrenas; necesidades que satisfacer del espíritu. El hombre es un compuesto, que se desenvuelve y desarrolla con apetencias terrenales y corpóreas, pero con una finalidad superior y trascendente que termina en el infinito. Ese es el hombre. Esa es la filosofía del hombre.

Al tratar, o querer hacerlo, de la Seguridad Social no podemos aislar estos aspectos fundamentales del hombre, porque entonces lo dejamos incompleto y nunca podremos llegar a soluciones satisfactorias. Es inmensa la dignidad del hombre. Como son perentorias las necesidades del vivir humano. Uno y otro aspecto pertenecen al mismo sujeto, indivisible, que nace con obligaciones y camina prosperando una vida tutelada con derechos correlativos hacia objetivos finales de infinitud. La marcha que lleva no es la definitiva. Pero, aunque senda transitoria, va envuelto en necesidades temporales de las que no puede prescindir.

En cuanto al cuerpo, precisa atenderse el hombre mismo, y ser atendido, en lo que respecta a las necesidades materiales. En cuanto espiritual, merece y precisa también consideraciones en aquellas actividades que lo relacionan con la Divinidad. Esa es toda la filosofía del hombre. Podemos considerar dos movimientos connaturales a la creatura humana: uno, ascendente, que la sublima a las alturas de Dios mismo clavándola en las profundidades del alma; y otro, horizontal que la apega y adhiere al mundo de las cosas visibles y terrenas. El primero reclama respeto para las exigencias del espíritu e incluso, a veces, la ayuda decidida; siempre habida cuenta de la superioridad incuestionable. El segundo exige una generosa coope-

ración para que pueda ser una realidad activa, en todos los humanos, el mínimo disfrute de los bienes materiales tan profusamente diseminados por Dios en la próspera naturaleza.

El mundo de lo espiritual. Y el mundo de lo temporal, corpóreo y terreno. Cada uno con sus exigencias. Cada uno con sus derechos sagrados. Ninguno puede ser preterido. Ambos tienen que ser muy tenidos en cuenta.

El dicho: «Homo sum, et nihil humanum a me alienum puto», tiene en este caso perfectísima aplicación. Todo cuanto es humano, todo cuanto es conveniente al hombre como tal, deben considerarlo, estudiarlo y atenderlo quienes tienen responsabilidad en la Comunidad. Son múltiples los aspectos relacionados con las necesidades o conveniencias del hombre en sus dimensiones individuales, familiares y sociales tanto en uno y otro movimiento vertical y horizontal antes indicado.

* * *

El hombre nace sólo. Pero necesita de todos. He ahí un capítulo inmenso. Y aunque parezca un contrasentido, todos necesitan de ese hombre. Es la colaboración social. Es el sentido social, la función social de toda colaboración humana. Y así, por manera casi imperceptible, se va eslabonando la trama de la vida social y convivencia humana, de la que resulta un mínimo de necesidad imprescindible para un mínimo de seguridad social entre los hombres.

¿Qué papel le toca en esto a la Filosofía? ¿Tiene aquí algún cometido la verdad filosófica?

Es propio de la filosofía investigar los primeros principios y las cuestiones últimas y más decisivas en el conocimiento de las cosas. En este sentido fué llamada por Aristóteles «primera ciencia». Pero en el de que comprende la realidad universal, estudiada hasta en sus sondeos más recónditos. Ahora bien, como la vida del hombre se encuentra ambientada y extremadamente influenciada por cuantas cosas y seres la circundan, tanto más acertará a dirigirse con seguridad y éxito cuanto más amplio y profundo sea el conocimiento filosófico. La sabiduría de la vida está determinada, en último término, por su más fiel y exacto conocimiento.

Cierto que no todo impulso y sed de sabiduría puede ser calificada de verdadera filosofía. Todos estamos interesados en acumular un mínimo de conocimientos útiles que nos adiestren en la fácil posesión de bienes materiales, objeto de nuestras constantes preocupaciones. Todos buscan conocimientos. Pero eso es poco. Se requiere algo más. La mayoría de los hombres no pretenden más allá de una información tranquilizadora. Viven, intelectualmente, del conocimiento que otros han investigado. La investigación profunda, escrutadora, la dejan al hombre científico, al filósofo, quién se cuidará de encontrar la razón de ser, y las relaciones más íntimas de las cosas.

Aquí del conocimiento filosófico; he ahí su cometido. Vive el hombre rodeado de necesidades y envuelto de seres cuya realidad le

circunda y acucia. Precísale una fría dirección que oriente y señale trayectorias fijas y seguras. El filósofo busca, e imprime en su paso, la suprema certeza, sin dejarse nunca guiar en las apreciaciones por meras opiniones personales, ni por caprichosas estimaciones, ni por servir el goce de la vida. La filosofía inquiere la verdad en sí misma, desecha y prescinde de cuanto es accidental o meramente personal. Busca, y nos ilumina, lo eterno, lo inmutable, lo fijo y duradero para siempre. Así es como influye la filosofía en el vivir cotidiano de los hombres. No siempre la influencia del filósofo es directa con actos y preceptos de ejecución inmediata; actos y ejecución que corresponden a otros. Muchísimas veces ni se advierte su mágica intervención: queda y va, diluida con sus conocimientos en las actuaciones de aquellos otros que agitan y mueven el mundo. Como dice A. Brunner, «muchas posibilidades han quedado para siempre descartadas de la sociedad porque primero fueron eliminadas como impropiedades de los ámbitos de la filosofía».

Toca, pues, a la filosofía dirigir al hombre a través de la realidad circundante que lo penetra, y conducirlo hasta la sabiduría de la vida con el expreso objeto de que aprenda su mejor adaptación a la realidad del vivir humano. Su objetivo será siempre el conocimiento de la realidad. Realidad que no podrá ser diferente de lo concreto. Y por consiguiente aquello que es conveniente al individuo. Que en último término ese es el fin de la filosofía.

Y como quiera que es imposible abarcar adecuadamente las particulares relaciones de todos los seres, uno por uno en su realidad concreta y numérica, se hace preciso un conocimiento comprensivo que los incluya a todos genéricamente. Este conocimiento abstractivo es una magnífica ganancia que hace posible y asequible la vida humana.

Ley, y determinación, que persigue lo general, pero partiendo en su sentido básico de lo particular; que universaliza, pero sin dejar de mirar a lo concreto e individual. El ser abstracto que fundamenta estas posibilidades llámase naturaleza humana o el ser del hombre. En cada hombre particular existen y se dan ellas con cierta determinación concreta. Es el hombre que ha de ser guiado e iluminado, en su vivificación concreta, por la metafísica y el conocimiento filosófico como sabiduría de la vida.

Por eso lo hemos apuntado más arriba. Un solo sujeto, unión de dos componentes realmente distintos. Alma y cuerpo. Unidad de dos modos de ser diferentes. Pero que no es posible separarlos por completo sin destruir la vida humana. Espíritu y materia, cuerpo y alma integrando, no obstante su intrínseca distinción, un hombre. Dos vidas. La una espiritual. La otra material. Pero perfectamente asociadas en el sujeto, hombre. Por el cuerpo entra el hombre a ser parte del mundo, y actúa en él por su medio. Por el cuerpo actúa también el mundo en el hombre e influye y mueve sus reacciones.

No sería adecuado el conocimiento que descuidase alguno de estos dos elementos integrantes. Como sería pernicioso el actuar que fluyese de semejante consideración incompleta. De ahí la in-

sistencia con que tratamos estos conceptos, por demasiado abstractos que puedan parecer. El hombre, que es materia y que es espíritu. El hombre, que nace sólo pero que necesita de sus semejantes. Que ha de vivir una vida de relación múltiple: respecto de sí mismo, de los demás seres de la Creación, y respecto de Dios, su creador y fin supremo. El hombre cuya sociabilidad es otro rasgo esencial suyo; que no es solamente individuo, muy más particularmente y sobre todo, individuo aislado, sino que está primordialmente referido a la comunidad. Son datos que al planear con fines sociales, al hacerlo con vistas a estructuraciones de convivencia humana, deben buscarse con todo detenimiento y sinceridad. El concepto del hombre, los conceptos de su unidad compuesta, no los hacemos ni los fabricamos nosotros; los pre-encontramos, son ya, con anterioridad a nuestro conocimiento, una realidad creada.

Es exacta, si bien compendiada, la visión del hombre como centro vital y vitalizador del mundo. Es el centro, ya lo hemos dicho, de la obra divina de la Creación. Y es el centro de toda la Historia. Todos los sistemas ideológicos o filosóficos lo hacen su base, girando de una u otra manera en su torno. Es el eje irradiador de todo humanismo. Como es el término de toda teoría o sistema sociológico que pretenda encontrar solución a los problemas humanos del vivir. Siempre el hombre.

Es una verdad comprobada. El núcleo germinal de la sociedad está en el hombre. Obsérvese la Historia. Su demostración es palmaria. Cada época ha reflejado con tremenda precisión las variantes introducidas en la concepción intrínseca del hombre y de los valores humanos. Y todos los sistemas parten y terminan en el hombre. cuando persiguen la solución del llamado problema social. Los sistemas individualistas y totalitarios. La concepción cristiano-católica. Siempre el hombre. El hombre-individuo, el hombre-número, el hombre-masa, frente al hombre-persona.

Y es, lo que no siempre se tiene en la debida cuenta. Que el hombre es quien interesa si quiere dotarse al mundo de una verdadera seguridad social. El hombre que es persona, con precisión de vivir en una sociedad regida por una autoridad, en la armonía productora del trabajo humano tendente al bienestar individual dentro del bien común.



PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
 n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

TRANSCENDIDO AMOR

(Al recuerdo permanente y glorioso de la que durante un decenio, lo mejor de mi vida, lo fué todo para mi corazón.)

I

OFRECIMIENTO

Dame el cáliz Señor, y haz que lo beba,
 sin fatiga, sin prisa, sin desmayo;
 si mi alma está inmadura, sea esta prueba
 su tibio otoño y su florido mayo.

Dáme el cáliz Señor, y haz que al beberlo
 me llene de su angustia con tal brío,
 que no se encoja el alma al conocerlo,
 y el yerto corazón sacuda el frío.

Que herido el corazón y en fuego ardiente
 cerrado el horizonte y sin salida,
 puedo ser como lámpara viviente
 si Tú me das el óleo y yo la herida,
 y puede mi dolor ser oferente
 a Tí, Señor, por ella, de mi vida.

II

DOLOROSA NOSTALGIA

No sueñes corazón, con que a la vuelta
 vas a encontrar el árbol oloroso,
 el que entre mil en el jardín umbroso
 te daba dulce sombra y fruta abierta.

Entre las verdes hojas suena el viento,
 y su talle doblegan los maizales,
 y se llenan de pios primaverales,
 la tierra, el sol, el puro firmamento.

Verás los pinos serenarse en oro,
 y al arroyo, pulsar su brillo en plata,